

utilizar con libertad, fuera de toda implicación metafísica”.

Interpretación pues, bajo el signo del pluralismo, la de Ghedini, estudioso del que se aprecian sobre todo el respeto y —querríamos añadir— el pudor hacia un filósofo de los más atormentados y desgarrado por la crítica. La interpretación nunca prevalece sobre la observación, el relieve crítico no predomina sobre el análisis de los textos, la detección de analogías y contradicciones no lleva a la búsqueda forzosa de un común denominador. Un ensayo que es, como el de Bremer y algunos otros, un punto de referencia. Nos auguramos que en breve tiempo se pueda disponer de una traducción alemana y/o inglesa que permita una difusión adecuada.

Eugenio Andreatta

Antonio MALO: *Antropologia dell'affettività*, Roma: Armando Editore 1999, 304 pp.

Tanto el título como la introducción, hacen pensar que estamos ante una obra que afronta el estudio de la afectividad a nivel filosófico, no de psicología científica; y que desde esta perspectiva, dará una explicación de

esta dimensión esencial y fascinante de la vida humana, tan necesitada de un estudio profundo y ordenado, sin simplificaciones ni esquematismos.

La primera suposición se cumple; la segunda sólo en parte. Aunque las aportaciones al estudio de la afectividad son notables, falta un tratamiento unitario, una clara visión de conjunto. Más que de un ensayo —aunque esto se anuncia en la Introducción— se trata de una sucesión de estudios en torno a la temática de la afectividad, pero no relacionados entre sí internamente de una manera orgánica. No todos son de igual valor, ni alcanzan el mismo nivel: unos son trabajos maduros; otros apuntan ideas de interés, pero que necesitan una mayor elaboración. Tampoco se ofrece un panorama unitario de lo que es la afectividad, sino que más bien se da por supuesto.

Quizá el capítulo más conseguido es el tercero, mucho más rico de contenido de lo que sugiere su título. Primero porque incluye un punto dedicado a la teoría platónica de la afectividad y otro sobre los planteamientos aristotélicos, trabajados con seriedad y rigor. Segundo porque no se refiere sólo a la noción de apetito, sino a una gran va-

riedad de fenómenos afectivos. En el tercer apartado se hace una magnífica exposición de la concepción tomista del apetito. Una de sus líneas de desarrollo presenta particular interés: Tomás de Aquino no considera iguales el apetito sensible animal y el humano, así como tampoco identifica pasiones animales y pasiones humanas. Otra línea de estudio es la comparación entre la concepción griega y la tomista, que resulta menos conseguida.

El capítulo quinto destaca por el interés del tema y la originalidad de sus aportaciones. Se encuadra el desarrollo a partir de la noción de conocimiento por connaturalidad, que viene presentado como la captación cognoscitiva de aquello que es objeto de nuestras tendencias, y que tiene unas características peculiares, precisamente porque entre el sujeto y lo que conoce hay una relación afectiva. Esta relación afectiva funda la *noticia experimental* que se tiene de aquello que nos afecta.

Se plantea entonces si este conocimiento es suficiente para guiar la acción humana. La respuesta es negativa. "La afectividad, en cuanto juicio natural tendencial, no puede ser la guía de nuestro comportamiento por-

que no tiene en cuenta la finalidad de toda la persona, sino sólo la de sus inclinaciones" (p. 215). Y añade una razón —que es la verdaderamente explicativa—: "el fin de la persona no puede ser sólo sentido (ni siquiera cuando en ese sentir participa la razón), sino que debe ser conocido racionalmente en cuanto tal, en tanto que se trata de un fin que debe ser elegido libremente" (p. 215).

Sin embargo, la razón no se basta a sí misma para dirigir la afectividad: "*la razón puede influir sobre los afectos justamente porque éstos suponen siempre un juicio natural*. Sin la existencia de este juicio natural, la razón no podría interpretar la afectividad ni valorarla a la luz de los fines de la persona y, en consecuencia, no podría corregirla cuando fuera contraria a ellos" (p. 217).

La razón tiene que iluminar la afectividad, en primer lugar "interpretándola", es decir, logrando una identificación correcta del tipo de sentimiento que se experimenta. Y después "valorándola". Este segundo aspecto se desarrolla en el apartado 1.2 (pp. 220-228), que incluye aportaciones de mucho interés, pero cuyo desarrollo, en algunos momentos, no resulta

satisfactorio. Quizá el elemento de confusión está en el concepto de *objetividad* que se maneja. Tal vez la exposición resultaría más clara si, se hablara de verdad/error, en vez de objetividad/subjetividad. En todo caso, la tesis que, se resume a continuación, es importante. Toda emoción incluye un juicio natural sobre la relación entre la realidad y el sujeto. Este juicio, como todos los juicios, puede ser verdadero o falso; espontáneamente se tiende a pensar que es verdadero, pero la persona (sana mentalmente y en estado de vigilia) sabe que no siempre las apreciaciones incluidas en los sentimientos lo son; por eso, es propio del hombre valorar con la razón la verdad de los juicios incluidos en sus emociones y sentimientos.

El capítulo cuarto dedicado a la tendencia resulta menos conseguido. Presenta aportaciones de interés, pero falta mayor claridad en las líneas de desarrollo, y se echa de menos una definición precisa de los términos fundamentales que se manejan.

El estudio de la concepción cartesiana de la afectividad es correcto (cfr. capítulo primero, apartado 1.). En este mismo capítulo se presenta la visión conductista de la afectividad y

se le hace una crítica interna como planteamiento psicológico. Se dice poco de la antropología que la sustenta. Y también es breve el espacio que se dedica a la confrontación entre cartesianismo y conductismo (cfr. p. 65). En continuidad con este apartado se sitúa el capítulo segundo, que puede resultar de más interés para quien se ocupe de la metodología de la psicología científica. Desde el punto de vista antropológico es menos significativo.

El último capítulo —“La integración de la afectividad y la donación de la persona”— es el esbozo de un ensayo prometedor, que seguramente el Autor continuará elaborando. En el punto 4. —“La donación como fundamento de la verdad de la persona”— se hace una descripción sugestiva de los distintos tipos de donación.

Francisca R. Quiroga
Pontificia Università della
Santa Croce

Tomás MELENDO: *Para leer la “Fides et ratio”, Madrid: Rialp 2000, 114 pp.*

Melendo, catedrático en Málaga, se ha distinguido por una trayectoria de publicaciones de

Copyright of *Tópicos. Revista de Filosofía* is the property of Universidad Panamericana and its content may not be copied or emailed to multiple sites or posted to a listserv without the copyright holder's express written permission. However, users may print, download, or email articles for individual use.